

XXIV.

CLEOPATRA (*en lo interior de su panteon.*)

Encerrémonos aquí en nuestro último hogar. Hasta ahora la vida ha sido una tormenta: nos acercamos al puerto. La paz sólo reside en el profundo abismo de este eterno olvido, en que todo se sumerge y se desvanece. Compañeras mías de la última hora, ved si la puerta del fúnebre lugar donde nos acogemos, está bien segura y bien tapiada, á fin de que no vengan á perturbar el acto más solemne de la vida, el juicio que de sí misma hace un alma, el estertor de la postrimera agonía. ¿Por qué nos habrán dado la vida, esta vida humana, donde sólo es permanente el dolor? ¿Qué genio perverso habrá querido regalarnos con este funesto dón de la existencia? Cada uno de sus momentos encierra un martirio, y luego amamos y deseamos lo mismo que nos atormenta y nos

mata. Todo muere en verdad. Pero esas moles sin alma y sin conciencia que se elevan orgullosas en la inmensidad del desierto, esas Pirámides, sobrevivirán á estas ideas, á esta inteligencia, á este fuego interior nuestro, que imaginamos eterno, y en que muchas veces creemos ver iluminarse y enrojecerse hasta los astros. Todo muere. Pero la pobre encina, que brota de una de esas bellotas holladas por la pezuña de los bueyes, ó removidas por el hocico de los puercos en los campos; esa encina, pobre gérmen un día, débil tallo, tierna hoja, crece y crece, dura y dura, hasta ver generaciones innumerables, no ya de hombres mortales, de dioses á que llamamos inmortales, pasar y morir bajo sus fuertes ramas. Nosotros somos un fugaz suspiro, un relámpago.....

IRAS.

Antonio viene moribundo, en la agonía, cubierto de sangre, casi yerto, á despedirse de tí para siempre. Sus esclavos lo tienen en brazos, al pié de estas paredes.

CLEOPATRA (*abalanzándose á la ventana del panteon.*)

¡Antonio, Antonio mio! ¿Quién te conocería,

cubierto de sangre como un carnicero, cuando ántes resplandecias rutilante de clara luz como un Júpiter?

ANTONIO.

Cleopatra, sólo me queda fuerza para alzar los brazos á ti, para rogarte que me dejes ver como último objeto de este mundo tus ojos, y que recibas como último legado de esta voluntad, que ha sido tuya, el último suspiro de mi vida.

CLEOPATRA.

Enterréme aquí, y no tengo la llave de esta inmensa sepultura. Ponedlo en esas cuerdas vosotros los de abajo, y lo subiremos por la ventana.

IRAS.

Somos tres mujeres, y nuestras delicadas manos acaso no podrán soportar el peso de ese cuerpo tan sólido como un mundo.

CHARMION.

¡Ánimo, ánimo! ¡Tirad, tirad!

CLEOPATRA.

Mis manos se fatigan; mis brazos apenas pueden soportar la pesadumbre de ese cuerpo amado, al cual estaba como prendida mi existencia.

IRAS.

Si se nos cae.....

CLEOPATRA.

Nos arrojuremos todas de esta altura á morir con él.....

CHARMION.

Un último esfuerzo. ¡Ánimo!

ANTONIO.

¿Es verdad que te veo, Cleopatra mia? Ya puedo morirme. Mi sangre no queria fluir toda de este cuerpo herido; el postrer aliento no queria escaparse de este pecho destrozado, si ántes no te decia una vez más que te adoro, que he vivido desde el dia en que te vi para tu amor, y que por tu amor muero. *(Lo depositan sobre un lecho.)*

CLEOPATRA.

Pálido y frío como la muerte. Sin fuerza para mirarme sus ojos. Sin aliento para respirar su pecho. La cabeza que llevó las diademas de cien imperios y las aureolas de cien dioses, caída como si la hubiera abrasado el viento de los desiertos. La palabra, de que millares de pueblos se alimentaban, entrecortada como un sollozo. Yertos esos brazos, sobre los cuales se alzaba, como sobre sus bases eternas, la tierra. Dueño mio, rey de mi corazón, objeto de todos mis deseos, alma de mi alma, general de mis ejércitos, ministro universal de mis mandatos, mi esclavo y mi señor, mi padre y mi hijo, mi amigo y mi esposo, fuerte como un Hércules y tierno como una doncella, grande como un héroe y cándido como un niño, yo no puedo vivir sin tí, sin tu amor. Eras el sol de mis días, el lucero de mis noches, el escudo contra todas las asechanzas, el baluarte de mi poder, el nido de mis amores. Déjame lamer como un perro tus heridas. Deja que enjague con mi cabellera tu sudor, y que estanque con mis labios tu sangre. Me desciño de mis velos, rasgo mis vestiduras hoy; mañana me desceñiré de mi vida y desgarraré mi corazón. ¡Oh! No puedo, no

puedo sufrir más. *(Se golpea contra las paredes hasta hacer brotar sangre de su cabeza y de su pecho.)*

ANTONIO.

Detenedla vosotras dos. Acercadla á mi lecho..... Da tregua á tu dolor. Óyeme, reina mia. Tus ojos me reaniman aún, y aún me sostienen, como que eran todo el calor de mi vida. Déjate de lamentos. Óyeme, Cleopatra, oye por última vez á tu Antonio. Aproxímate, á mi lado, cerca de mí, donde te vea bien. Anima un momento tu rostro con aquella sonrisa que me penetraba de amor y de esperanza. Abre bien esos párpados tan largos que ocultan esos abismos tan hondos.

CLEOPATRA.

Rey mio, señor de todo mi ser, guía de toda mi existencia, siempre sublime, y más que sublime ahora en el trance supremo de la muerte.

ANTONIO.

La vida se acaba. Las fuerzas me abandonan. Dáme un sorbo de vino.

CLEOPATRA (*dándole á beber*).

¡Oh, si pudiera darte mi vida por conservar la tuya! Mas te seguiré bien pronto.

ANTONIO.

No, Cleopatra, no. Consérvate para ornamento de la tierra, madre de gloriosos hijos. Sálvate, si es posible, sálvate sin humillacion y sin deshonor. No te aflijas por mi suerte. He vivido mucho. He mandado numerosos ejércitos, he ganado inmarcesibles batallas, he sido tribuno y triunviro en Roma, rey en Oriente, dios en Alejandria, y dueño de Cleopatra. Muero vencido, pero sin haber hecho traicion á Roma, vencido por un romano. ¡Ah! (*Espira.*)

CLEOPATRA.

¡Muerto! ¡Muerto! Cáiganse las estrellas convertidas en cenizas. Sea el cielo entero como un sudario. Llueva sobre la tierra un diluvio de lágrimas. El mayor general de nuestros tiempos, el más digno heredero del grande Alejandro, no ha sido perdonado ni por la desgracia ni por la muerte.....

IRÁS.

Consuélate, Cleopatra.

CHARMION.

Vive para nosotras.

CLEOPATRA.

Regad con vuestras lágrimas el cadáver de Antonio.

PROCULEYO (*desde fuera*).

¡Cleopatra, Cleopatra!

CLEOPATRA.

¿Qué voz es esa?

IRÁS.

La voz de un mensajero de Octavio.

PROCULEYO.

Abre, abre.

CLEOPATRA (*á la puerta*).

Estamos encerradas, y no podemos abrir á nadie.

PROCULEYO.

Desearia verte.

CLEOPATRA.

Imposible.

PROCULEYO.

Octavio me envia á ponerme á tus órdenes.

CLEOPATRA.

Pues dile á Octavio que sólo deseo de él dignos funerales para Antonio, y la conservacion del trono de Egipto en mis hijos.

PROCULEYO.

Fiate por completo en la palabra del dueño de Roma.

CLEOPATRA.

No deseo más que darle crédito.

PROCULEYO.

Mi compañero Galo te dará más seguridades todavía de las buenas disposiciones de Octavio hacia ti, porque acaba de hablarle.

GALO.

Octavio quiere tu alianza, tu amistad. No puede olvidar nunca que descendes de Alejandro, y que has reinado sobre las tres mayores grandezas de la tierra: sobre las Pirámides de Egipto, sobre el corazón del valeroso Antonio, y sobre el genio del divino Julio César. (*En tanto que Galo habla con Cleopatra, Proculeyo corre á la ventana, pone una escala, asciende, y penetra en el panteon.*)

IRAS y CHARMION.

¡Un extranjero en este sepulcro!

CLEOPATRA.

¡Un extranjero!

IRAS.

¡Infortunada Cleopatra! Has caído viva en sus manos.

CLEOPATRA

¡Infame! Si quieres poner sobre mí tus manos, te llevarás solamente un cadáver. (*Saca un puñal.*)

PROCULEYO (*le arranca el puñal*).

Cleopatra, eres injusta con Octavio. Le crees cruel, cuando es benigno. Le quieres quitar la ocasion de mostrar cómo resplandece su magnanimidad. No pienses en la muerte, cuando todo te convida á vivir. Manda, y serás obedecida.

CLEOPATRA.

No mando, suplico. Á Octavio le suplico que no aparte los restos de Antonio del suelo de este Egipto. Y á tí te suplico.....

PROCULEYO.

¿Qué?

CLEOPATRA.

Que te vayas.

PROCULEYO.

Tus súplicas son mandatos. Como yo te obedezco, te obedecerá Octavio.

XXVI.

CLEOPATRA.

Olympias, médico mio.

OLYMPIAS.

Por fin has roto la estrecha consigna de vedar el ingreso en esta sepultura donde te has anticipado la muerte.

CLEOPATRA.

Rompióla Augusto, y desde entonces no he querido ser rigorosa. Además, ¡oh médico mio! siempre te he llamado para que alejes de mí la muerte y me conserves la vida; ahora te llamo para que ahuyentes de mí la vida y me traigas la muerte.

OLYMPIAS.

Dispon de mí como quieras. Nos hemos empeñado en que la muerte es lo más triste, lo más funesto que hay en la Naturaleza, y á cada paso nos encontramos con trances que sólo tienen la salida de la muerte, y diariamente trabajamos con tenacidad por procurarnos su eterno sueño y su profundo reposo. ¡Cuán pocas veces detendríamos el tiempo! Le queremos ver correr, y no pensamos que en sus corrientes se lleva nuestra vida.

CLEOPATRA.

El deseo es suicida; porque ¡ay! queremos realizarlo, y sólo puede realizarse en el tiempo futuro, cuando haya muerto una parte de nuestra existencia. Cree, Olympias, que ya no temo en la muerte nada más que el dolor, y no me aterra en el cadáver nada más que la fealdad. Si ahora mismo pudiera dormirme sin esperanza de un despertar seguro, ¡cuán gozosamente me dormiría para siempre! Morir es mi anhelo. Hoy comprendo una costumbre de los masahotas, que guardan por todos los rincones de sus monumentos copas de cicuta dispuestas para cuantos justifican

tener imprescindible necesidad de próxima muerte, de irremediable suicidio. Los dioses no quieren que rompamos la cadena por la cual vivimos atados á la tierra; es verdad. Pero cuando ellos mismos, ó su ministro, la Fortuna, nos presentan, como una piedra rodada al camino de nuestra vida, la ocasion de inevitable muerte, hay que aprovechar tal coyuntura y romper los lazos de nuestra servidumbre y subir en alas del último aliento á las serenas regiones de la eterna luz. Si tenemos por fuerza, para salir de este mundo, que aguardar el golpe de la muerte, no somos libres ni disponemos de lo que más en legítima propiedad nos pertenece, de la vida. Y si podemos darla por los demás, y es cosa plausible, ¿por qué no hemos de poder darla también por nosotros mismos? Los dioses no han querido consultar nuestra voluntad para existir, porque, si la consultaran, ningún mortal nacería. Y han dejado el no envejecer, el no penar, el no vivir, á nuestro libre arbitrio. Puesto que la muerte viene hácia nosotros, ¿por qué nosotros no hemos de ir también hácia la muerte? Ser no es cosa tan grande como el comun de los mortales se imagina. Tenemos de comun el ser con las cosas más ínfimas, con las uñas del buho y con el excremento de las

ratas, como tenemos de comun el vivir con los animalejos más imperfectos y con los más miserios y asquerosos parásitos. Nuestra vida es mayor ciertamente en perfecciones que la pura vida animal, y por eso nuestra muerte es más voluntaria. No hay animales suicidas. Pero el hombre puede serlo, porque el hombre viene á un combate, y el día de su victoria es tambien el día en que se vence voluntariamente á si mismo y empuja con su cuerpo las puertas de la inmortalidad. Repitamos el dicho que Antonio me contaba de Bruto en la noche de Filipos: «Hora es de huir. Pero no huyamos por los piés, huyamos por las manos.»

OLYMPIAS.

Yo estoy siempre á tus órdenes. Dime cuanto quieras, y te obedeceré. Nuestra ciencia sabe alargar la vida, pero sabe mucho mejor acelerar la muerte.

CLEOPATRA.

Háblame ántes de los funerales de Antonio.

OLYMPIAS.

Nada faltó á su grandeza. Lloró Octavio la

muerte de su enemigo, y reunió en asamblea á los principales del ejército para darles cuenta de las proposiciones hechas al valeroso Antonio, y de la altivez con que Antonio las habia rechazado. En seguida dispuso, como homenaje al héroe romano, que se le consagraran grandes funerales; y como distincion á la reina Cleopatra, que se le consagraran aquí en Alejandria. Nada faltó. Ningun rito dejó de celebrarse, observándose fielmente las costumbres romanas. Vistiéronle como si viviera, y presentaron su faz descubierta á todo el pueblo. Toga de púrpura le envolvía; diademas de laurel y encina le coronaban; rico lecho de marfil y oro le contenía; házes romanas le custodiaban; numerosísimos soldados le circuián; voceros egipcios anunciaban las ceremonias; gladiadores de todas las tribus combatían desnudos en su presencia y se inmolvaban á sus plantas; plañideras, vestidas de azul oscuro, lloraban y se doñan públicamente de su muerte, recitando al són de las flautas y de las cítaras melancólicos versos y elegías; devotos innumerables llevaban lucernas y antorchas, despidiendo suaves aromas; bandas de trompetas producían lastimeros quejidos, y compañías de sátiros trenzaban danzas fúnebres; un archimimo ostentaba extraña máscara imitan-

do el rostro del difunto y diciendo las mismas palabras que él solía decir en vida; los ascendientes de la familia de Antonio, hechos en cera y vestidos con sus trajes antiguos, precedían el cuerpo; y lechos de ricas materias, de preciosos metales, en que iban todas las insignias de las vanas dignidades por el difunto ejercidas, le acompañaban; iban luego los amigos sin anillos, y las amigas con las cabelleras sueltas; y detrás los esclavos, á quienes uno principal daba las señales de las contorsiones que debían hacer y el tono de los gemidos que debían lanzar; hasta que, llegados á un sitio, donde se levantaban altares de ciprés cubiertos de flores, y en cuyo centro había inmensa pirámide de secas plantas olorosas, el cadáver fué allí depositado, después de haberle abierto los ojos para que viera por última vez los cielos; y ardiendo las ramas secas en inmensa pira, una parte de Antonio se fué en nubes de humo á los aires, y otra parte se quedó en montones de ceniza sobre la madre tierra.

GLEOPATRA.

Pronto, muy pronto seguirá esta infeliz á su esposo. El testamento de su cariño, la expresion

de su última voluntad me ordenaron que procurara firmar una alianza con Octavio y establecer sobre el trono de Egipto á mis desgraciados hijos. Yo nada quería intentar, por no tener confianza ni en la amistad del vencedor ni en los consejos del vencido. Así es que cerré los ojos á la luz y decidí morirme de hambre. Ya me faltaban las fuerzas, y venía á más andar sobre mí la noche eterna, cuando sobreviene la amenaza de una inmolacion de todos mis hijos si no reservaba mi vida á merced del César. Ignoro qué afecto obró más fuertemente en mi ánimo, si el instinto de la propia conservacion ó el amor de madre; pero lo cierto es que, decidida al sacrificio mayor, á conservar la vida, no me repugnó ver frente á frente á ese hombre. Vino pues á visitarme. Encontrábame recostada en estrechísimo lecho, vestida como conviene á mi dolor y á mi viudez; los cabellos esparcidos, los velos rasgados, mostrando todas las señales de mi dolor y todas las heridas que los trasportes de este dolor abrieran tristemente en mi breve cuerpo. Al verle entrar, lancéme del lecho, corrí á sus piés, abracéle las rodillas; mis cabellos se enredaron en su armadura, y mis ojos se convirtieron á sus ojos con el fuego que había deslumbrado el genio del gran César y

rendido la fortaleza del valeroso Antonio. Pero pronto advertí que aquel hombre no era, no, del temperamento de sus antecesores. ¿Cómo vencerle? ¿Cómo seducirle? Imposible de todo punto. ¿Por la elocuencia? La elocuencia no mueve á los sofistas que llevan el pro y el contra de todas las causas en su inteligencia. ¿Por la música? La música, que adormece á una serpiente, no adormece á un tirano. ¿Por la filosofía? Se hubiera sonreído de que una mujer la profesara. ¿Por la conmiseracion? Es cruel. ¿Por la gracia? Es indiferente. ¿Por el amor y la seducción? Es frio como el mármol. Para comprender las facultades extraordinarias, se necesita tener facultades extraordinarias tambien: ó el genio de Julio César ó el valor de Marco Antonio pueden quemarse en esta hoguera ya casi extinta que se ha llamado Cleopatra. Desde el primer momento comprendí que sólo deseaba mis tesoros como despojo y mi persona como trofeo. Intenté justificarme como pude á sus ojos de mi alianza política y de mis relaciones amorosas con Antonio; pero á cada frase me cerraba el camino con una observacion profunda ó con un recuerdo innegable. Parecióme pues inútil toda justificacion, y le supliqué encarecidamente que me dejara vivir, mostrándole así fingido amor

á la vida. Cuando me pareció ya engañado sobre este punto, entreguéle el inventario de todas mis riquezas, única cosa que aguijoneaba su curiosidad y exacerbaba su deseo. Mi tesorero Seleuco, deseando congraciarse con el tirano, le reveló en mi presencia que yo habia apartado una porcion de joyas y alhajas para burlarlas á su codicia. Me levanté del lecho, le perseguí por el salon, me arrojé á su garganta como una tigre, y de seguro le ahogo á no quitármelo entre todos de las manos. César se desternillaba de risa al ver mi cólera, y yo le hice observar cuán horrible era que mientras él, mi enemigo y mi vencedor, me rendia tantos homenajes y me daba tantas alabanzas, aquel perro me acusase de haber distraido riquezas, guardadas, no para ornamento de esta infortunada, sino para obsequio y regalo de la mujer de César, Livia, y de su hermana, Octavia. Persuadióse de que yo amaba la vida, y se fué imaginándose grande engañador, cuando era el engañado. Mi único ruego fué que me dejara visitar la tumba de Antonio, y allá vamos á rendir á sus cenizas este último tributo. ¡Ah de mis mujeres! *(Se encaminan á la tumba de Antonio.)*

CLEOPATRA (*sobre la tumba*).

Mi última disposición como mujer, mi última ordenanza como reina, fué consagrarte magníficos funerales y ofrecer á tus cenizas esta sepultura en nuestra tierra de Egipto. Desde que tú quedaste en el sacratísimo asilo, al eterno sueño de la muerte entregado, yo perdí algo más necesario que la vida; perdí la libertad, y de reina de los egipcios pasé á sierva de los romanos. Me celan, me custodian, me cuidan; pero es sin duda porque, en su soberbia, el vencedor me destina á trofeo de su victoria y testimonio de tu desgracia. Mientras vivimos, ninguna fuerza humana pudo separarnos; y ahora nos alejan hasta de los lugares de nuestro nacimiento. Tú, romano, reposarás en tierra de Egipto; yo, egipcia, reposaré en tierra de Italia. El consuelo único á tal desventura reservado, será pensar que sobre mi cuerpo caerá la tierra donde tú has nacido, y que el sitio de mi sepulcro habrá de elevarse no lejos del sitio de tu cuna. Si tus dioses todavía pueden algo, porque los nuestros, ó han perdido su poder, ó nos han abandonado en la desgracia, intercede con ellos y muéveles á que no me dejen sobrevivirte; á que

no me arrastren á las fiestas triunfales en loor de tu derrota; á que me permitan ocultarme aquí contigo, compartiendo tu sepulcro en muerte cual compartí en vida tu lecho; porque, entre todas mis desgracias, ninguna tan grande como este tiempo en que el hado me ha retenido en la tierra, lejos de tí, lejos de mi esposo. Estas libaciones serán las últimas que te consagre; estas copas y estas pateras mías se vaciarán por última vez en honra tuya; pues fio en los dioses que muy pronto vendrán mis amigos á libar sobre mis inanimados restos, confundidos con los tuyos, ¡oh Antonio!